

JOTACEO
(Juan Carlos Ossandón Valdés)

La violencia*
[Octubre, 1972]

La violencia no es cristiana
(S. S. Pablo VI)

*No penséis que he venido a poner paz en la tierra;
no vine a poner paz, sino espada.*
(Jesús de Nazareth)

Nuestro pueblo chileno no ama la violencia y no cree en ella
(Card Raúl Silva H.)

Por la razón o la fuerza
(Emblema Nacional)

* *Tizona*, 2ª Época, N° 36, Viña del Mar, octubre de 1972. pp. 5-7. El siguiente escrito busca polemizar con el mensaje del Cardenal Raúl Silva Henríquez, transmitido por la señal católica de televisión Canal 13, el 2 de septiembre de 1972. El texto del mensaje cardenalicio, titulado *Congoja y esperanza* es accesible a través de Internet mediante el siguiente enlace: http://www.cardenalsilva.cl/pdf/32_congoja.pdf

Las expresiones citadas más arriba me han dejado perplejo. ¿Cómo es posible que el Papa diga lo contrario que Jesucristo? ¿Cómo es posible que el Cardenal de Santiago nunca haya visto nuestro escudo y meditado en su lema? Tal vez todas estas palabras están usadas en distintos sentidos y de allí vienen las confusiones. ¿Qué se entiende por violencia? Si aclaramos el sentido del término podríamos intentar interpretar estos textos sin la manifiesta contradicción que los empaña.

Como nadie tiene derecho a cambiar el sentido de los términos cuando le da la gana, nos parece lo más sensato acudir al diccionario de la Real Academia de la Lengua. Este señala que “violencia” viene del adjetivo “violento” el cual tiene varias acepciones. Las reduciremos a dos que son las principales y que tienen relación con lo que nos ocupa en este momento: a) Fuera de lo natural. b) Obra con fuerza.

El primer sentido lo podemos entender de modo físico; sería violento lo que contradice una ley física o química; o en sentido moral y sería lo mismo que inmoral, ya que lo inmoral es lo que contraría a la naturaleza humana. Lo mismo podría decirse del segundo sentido, pero en este caso no sería inmoral obrar con fuerza si se trata de la virtud de la fortaleza, es decir, la naturaleza del acto y las circunstancias estarían exigiendo la violencia.

Lo visto nos enseña que si el término “violencia” se toma como sinónimo de inmoral es absolutamente exacta la sentencia de Su Santidad. Por desgracia nada nos autoriza a darle ese sentido. El Santo Padre pronunció esas palabras refiriéndose a los aires revolucionarios latino-americanos que predicaban el uso de la fuerza como único medio de acabar con la “injusticia” burguesa institucionalizada. Si existe dicha injusticia y sólo la fuerza puede terminar con ella, su uso sería legítimo. Si esa injusticia no existe no hay razón para la violencia. Podría darse el caso de que la injusticia existiese, pero no fuera la violencia un modo adecuado para su solución. Entonces tampoco sería legítimo el uso de la fuerza. En vez de dar razones, el Santo Padre descalificó de plano el uso de la fuerza por medio de la frase aludida, calificándola de no cristiana, término por demás ambiguo, ya que hay muchas cosas perfectamente legítimas y que nadie osaría calificar de cristianas, como las entretenciones deportivas por ej. Porque dado que Cristo ha hecho uso de la violencia y la ha justificado en numerosas ocasiones, resulta difícil interpretar la frase del Papa. En efecto, Él ha venido como “piedra de escándalo” para que muchos caigan en Israel (Lc. 2, 34) y proclama que el Reino de los Cielos padece violencia: “sólo los violentos lo arrebatan” (Mt. 11, 12.). Y si nos queda alguna duda podemos recordar que el mismo Jesús, manso y humilde de corazón, usó la violencia, es decir, la fuerza, contra los mercaderes del templo en más de una oportunidad (Mt. 21, 12; Mc. 11, 15; Lc. 19, 45). Lo que resulta tanto más sorprendente si se piensa que Él mismo declaró que no venía como juez, lo que ocurrirá en su segunda venida. También usó la violencia psicológica al amenazarnos con un lugar horrible, cuya existencia nadie conocía, si no creíamos en Él y cumplíamos sus leyes.

Por lo demás, prohibir a los cristianos hacer uso de la fuerza (segundo sentido de violencia) nos llevaría al absurdo de tener que prohibir que los cristianos entren en las fuerzas armadas, en la policía, etc. Por todo lo cual encontramos en la frase citada un tono desagradable, tipo eslogan de propaganda, que no termina de convencernos.

Estas reflexiones nos piden decir una palabra sobre la legitimidad del uso de la violencia. Nadie duda que lo que distingue la civilización de la selva está en que en ésta la fuerza la usa cada cual en su propio beneficio; en aquella, en cambio, la fuerza pertenece a la ley y se le somete. De este modo, la fuerza queda al servicio de la razón y, por ende, de la comunidad y sirve para reprimir el vicio y el delito. Porque, hasta la fecha, sólo por medio de la violencia se puede poner coto a los innumerables desmanes que los facinerosos cometerían sin esa traba. La selva está separada de la civilización por una debilísima línea y ésta pasa por el soldado. Por lo mismo, todos los moralistas y juristas siempre han reconocido como una de las propiedades del derecho su coactividad, es decir, que es exigible por medio de la fuerza. De aquí, también, que siempre haya sido considerada lícita la legítima defensa, incluso con la muerte del injusto agresor. Sin embargo, los particulares no pueden emplear la fuerza, la que queda en manos de la ley y su ejecutor. Naturalmente, en necesidad extrema, los particulares pueden y deben acudir a ella. Esto suele ocurrir cuando la autoridad niega la fuerza para mantener el estado de derecho. En ese caso, quien tiene derecho puede usar su fuerza para imponerlo. Pero en esa hipótesis es el gobernante el que pierde legitimidad y categoría moral para ser obedecido. En todo caso, la fuerza o violencia es legítima si está al servicio del derecho e ilegítima cuando no lo está.

El Cardenal Silva, como padre de los habitantes de Santiago, no ha podido soportar el peligro de un baño de sangre en Chile y ha llamado a la cordura y moderación. Algunos chilenos son sus hijos en Cristo y él no podría soportar perder a muchos de ellos en la lucha que se avecina. Su llamado a la concordia es muy positivo y revela su afán paternal al tratar de evitar la tragedia. Estamos plenamente de acuerdo en que hay que hacer todo lo posible para evitar llegar al extremo sangriento, sin pecar. Porque también puede ser pecado no hacer uso de la legítima defensa aún con la muerte del injusto agresor. Lamentablemente, en su largo comunicado, el Cardenal no da ninguna idea, no sugiere ninguna senda que sea capaz de hacernos salir de tan lamentable estado. Se limita a lamentarse de la actual situación, cosa que todos lamentamos, y no señala ningún camino que ayude a evitar el enfrentamiento.

Podemos señalar como una de las ideas claves, en la larga manifestación de pesar que comentamos, la siguiente: “denunciamos la violencia como un factor perturbador del proceso de cambios”. Por desgracia, es precisamente el “proceso de cambios” lo que va a producir el enfrentamiento. Porque por “proceso de cambios” en América Latina se entiende la transformación de nuestra sociedad basada en el derecho, en otra basada en el predominio de una sola clase: la dictadura del proletariado. Esta es la tesis marxista y es la que impulsa el proceso. Es importante aclarar que hay un marxismo larvado que se impuso ya en el gobierno anterior, gobierno de transición, donde tanta importancia tuvieron connotados marxistas cristianos que hoy integran el MAPU y la IC, como Chonchol y otros. También hay un marxismo ingenuo, el de los socialistas que creen que se puede serlo sin la esclavitud moscovita. Y hay el marxismo ortodoxo del partido comunista, único beneficiario, a la larga, de todo este proceso. Estas son las fuerzas que apoyan los cambios y que van a producir la matanza en Chile. Porque todos estos señores saben muy bien que la mayoría nacional no se va a dejar pisotear sin intentarlo todo por evitarlo, y como en las elecciones los marxistas están ya perdidos, no les queda otra salida que la violencia revolucionaria, que vienen predicando desde que Allende fundó OLAS en Chile, con la permisión de Eduardo Frei Montalva. Ellos son los que quieren ver sangre en Chile como única esperanza de triunfo, para imponer la “dictadura del proletariado”. Porque toda revolución, con o sin “libertad”, tarde o temprano termina en matanza, y en eso estamos desde 1964.

El Cardenal dice que el pueblo de Chile no ha oído su llamado de paz. Pues yo tampoco. ¿Cuándo lo hizo que nadie se ha enterado?, y de lo que sí me he enterado es de que todos los obispos de Chile le han estado haciendo el juego a la revolución y a la política de “cambios” hablando siempre de: “injusticias”, “opresión”, etc. acusaciones genéricas e indeterminadas que sólo llevan al deseo de venganza sangrienta a toda persona con sentido de su dignidad. Parece que nuestros obispos, al no acusar a nadie en concreto creen que son muy caritativos; pero lo que acontece es precisamente todo lo contrario, ya que la culpa se expande a toda una clase social y el odio se convierte en algo cotidiano. Toda esta política de “cambios”, no es más que una política de robos; con la excusa de darlo a los pobres, se les está quitando a los ricos lo que han ganado limpiamente y con su esfuerzo. Y si alguien no lo ha ganado así, llévese el caso a los tribunales de justicia, que para eso hay ley en Chile. Porque el mandamiento que Dios dio a Moisés: “No robarás”, no admite excepciones

y obliga a todos, principalmente a los poderes públicos. Si, al menos, los pobres recibieran esa riqueza que en su nombre se roba. Pero no, todo pasa a poder del Estado y allí queda para siempre.

El Cardenal confía en que “el dinamismo del pueblo concientizado y organizado se ponga al servicio de la justicia y de la paz”. Ni Lenin lo hubiera dicho mejor. Traduzcamos este texto marxista al lenguaje burgués para que nuestros lectores lo entiendan. “Pueblo concientizado” significa: lleno de odio hacia el burgués. “Organizado” significa preparado para la revolución sangrienta. La “paz y la justicia” son la dictadura del proletariado. Suponemos, en honor al cargo, que S. E. no da a los términos el significado que tienen sino otro de su exclusiva interpretación.

Pero, continúa el Cardenal, la violencia es mala porque “los pueblos no cambian ni progresan, no se ponen en marcha, sustituyendo una violencia por otra”. Es la consagración cardenalicia de la más cara idea mirista: el orden actual, el estado social, basado en el derecho, en el que vivimos, es una violencia institucionalizada. Desgraciadamente, unas líneas más abajo, encontramos estas palabras: “por eso amamos y respetamos el derecho”. Por lo tanto el derecho es considerado violencia, en el primer texto y es amado en el segundo, es decir, el cardenal ama la violencia.

Finalmente con su paternal corazón, el cardenal confía en “todas las comunidades políticas y religiosas”, como por ej. El MIR, el FTR, el MAPU, etc, etc. Además confía en los poderes públicos “llamados a ser servidores y garantes de la unidad nacional”. Como ironía es realmente magnífica. Decirle al presidente de “algunos chilenos” (cada día menos, a Dios gracias) que es garante de la unidad nacional es la más fina ironía que haya escuchado en muchos años. Llamar a los interventores y expropiadores “servidores” es magistral. Ciertamente aún nos queda humor, ciudadanos.